



Rafael Courtoisie

Un cuento

LA OBRA DE LOUIS GROUSSAC

Un artista es un monstruo agradable
Salvador Dalí

Pintar un cuadro de Louis Groussac no es tan difícil como parece. Hace diez años que vivo en Miami. Trabajo unas cuatro o cinco horas diarias en el atelier y luego unas seis horas más en la galería de arte Gala Beach, muy cerca de Ocean Drive.

Cuando puedo, dejo la galería en manos de Margaret (María Margarita, una *cuban american* rubia que habla perfecto inglés y pasa muy bien por yanqui ante los turistas europeos), bajo hasta la playa, me doy una zambullida, me limpio de voces chillonas de señoras ricas, del olor oscuro y pesado del dinero y de algunas minúsculas manchas de pintura que pudieran haber quedado en mi piel, o sobre mis ropas. Después de ese baño de mar vuelvo renovado al negocio.

La *Gala Beach Gallery Art* es un pequeño mar de gente. Un turista amante del arte se enojó el otro día porque dice que el nombre de la galería es ofensivo con respecto a la mujer de Salvador Dalí. Decía este señor que el nombre, más que una broma de doble sentido español-inglés, es una ofensa. Gala Beach, Gala bitch, Gala perra, Gala puta. La verdad es que ni se me había ocurrido, jamás pensé en ese juego de palabras cuando bauticé el primer local de la galería, un diminuto estudio de tres metros cuadrados donde expuse, con estrepitoso fracaso, mis primeras obras. Debo aclarar que mis primeras obras llevaban la firma de Manuel Martínez, y les ponía abajo siempre la fecha y las letras.

LLH

Esas letras no guardaban ningún secreto demasiado valioso, no representaban un código esotérico que pudiera desvelar a los agentes de la CIA ni del FBI, ni del Mossad, ni de ninguno de los servicios de inteligencia de

cualquier país del orbe. Esas letras significaban nada más y nada menos que una pequeña señal, una huella modesta y diminuta de mi enorme nostalgia por mi lugar de nacimiento. LLH quería decir que Manuel Martínez, yo, el autor del cuadro, estaba lejos de la Habana.

Eso significaba: «Lejos de La Habana», o «Lejos La Habana».

Nada más. No querían decir otra cosa.

Pero lo cierto es que, con o sin nostalgia, los cuadros de Manuel Martínez no se vendían en Miami. Nadie los quería. Me moría de hambre. El *american way of life* me dejaba fuera. Iba en camino de convertirme en un *homeless*. En un pobretón más, hambriento y drogata, mendigando entre parejas gays por los alrededores de Orange Bowl.

* * *

Versace en persona me compró varios cuadros de Louis Groussac. Lo mismo hizo Madonna, Almodóvar, Carolina de Mónaco, el mismísimo Antonio Banderas y el ex presidente de todos los argentinos, Carlos Saúl Menem.

Un representante oficial de Don Juan Carlos de Borbón adquirió tres obras de mediana dimensión firmadas por Louis Groussac. Se trataba de una serie titulada «Vida, Pasión y Muerte». En «Vida» (técnica mixta, óleo y pastel, 1.20 x 0.90 cm.) predominaba el verde y el amarillo claro; en «Pasión» (pastel, 1.20x 1.05 cm.) predominaba el rojo sangre aunque algunas variaciones de púrpura comparecían hacia la izquierda, en la parte inferior; «Muerte» (técnica mixta, óleo, pastel y chorretes más o menos azarosos de tinta china, 1.20x0.90 cm.) era una parodia de «El entierro del Conde de Orgaz», de El Greco, completamente realizada en negro, blanco y diversos grises resultantes de la mezcla de componentes primarios y diluciones adecuadas.

Don Juan Carlos pagó muy caro ese conjunto cuidadosamente falsificado de Louis Groussac. Muy caro. Se los aseguro. Entre otras cosas, con el producido de la operación pude comprarme un yate y pasar un par de fantásticas y deliciosas semanas en las Bermudas con Sharon, una pelirroja escultural. Sólo bebíamos champán francés y andábamos todo el tiempo en cueros sobre cubierta. De ese viaje y de los días de derroche y lujuria junto a Sharon conservo recuerdos maravillosos y un agujero en mi cuenta bancaria: Sharon escuchó la clave, el pin de mi tarjeta de crédito American Express mientras hablaba en sueños. Siempre hablo en sueños y revelo secretos. Mi subconsciente es un soplón, un «informante onírico» habría dicho don Sigmund Freud. Sharon se aprovechó del dato y en cuanto desembarcamos corrió al banco a sacar todo lo que pudo. Y sacó mucho, lo aseguro.

El recuerdo de este hurto de guante blanco se lo debo a la compra de las obras falsas de Groussac que hizo el representante del Rey Juan Carlos. La riqueza y el excelso gusto de su majestad dejaron este pozo en mi cuenta

bancaria. Cuando reflexiono sobre esto confirmo cada vez más mi vocación democrática, republicana y representativa. Cada vez que lo pienso recuerdo la sonrisa inmensa, los dientes blanquísimos de Sharon y al mismo tiempo, no sé bien por qué, el gesto adusto del monarca. Las dos imágenes se funden en mi cerebro. No puedo separarlas.

Pero aquellos días en Bermudas fueron inolvidables. El paraíso en la Tierra. Además de beber hectolitros de champán Veuve Clicquot, convertimos en densas y espesas humaredas montañas de cannabis de la mejor. Todo era humo y sueño, caviar, algarabía, música y agua salada. Muy salada. Anémonas hasta las que se podía bucear sin mayor riesgo, aguantando la respiración, sólo para regresar a la superficie, tomar aire nuevo y sumergirse otra vez en busca de esos extraños seres marinos, de sus formas y colores de maravilla, ocres, rojos subidos, magentas crespos, marrones rizados, amarillos prístinos en suaves volutas, tonalidades que ningún artista sobre la Tierra, ni siquiera Louis Groussac, hubiera soñado plasmar.

* * *

Vender cuadros de Louis Groussac es buen negocio. Su nombre y muchas de sus obras figuran en catálogos de instituciones oficiales y en museos particulares. George Bush (padre) compró dos obras, George Bush (junior) tres, dos de mediano tamaño y una pequeña acuarela que obsequió en gesto de buena voluntad al presidente de México, Vicente Fox. Éste, en retribución, entregó al recién electo presidente Bush tres pares de auténticas botas texanas fabricadas a mano en las instalaciones de su propia familia. Cada par de esas hermosas botas cuesta por lo menos cuatrocientos dólares, lo que hace un total de mil doscientos dólares a favor de Bush. La acuarela de Louis Groussac que hoy luce sobre una pared de la residencia presidencial de la nación mexicana costó al corredor de arte enviado por Bush tres mil doscientos ochenta dólares, *plus taxes*. Más de tres de los grandes limpios, deducidos los impuestos. Demoré quince minutos en plasmar la afamada acuarela: quince en total, si sumo el tiempo que me demandó trazar ese manchón semi figurativo, restallante y espurio, dejarlo secar y estamparle la firma a la izquierda, abajo. El marco y el vidrio que cubren la acuarela se facturaron aparte. Le costaron quinientos dólares más a la Casa Blanca. El papel sobre el que estampé la pequeña obra maestra me salió veinte centavos. La tinta y los colores mucho menos: eran restos de *gouache* y láminas que sobraron de pergeñar una obra mayor de Louis Groussac, una preciosura que le vendí por una millonada a un homosexual austríaco, fanático de Haid er.

Luego de algunas sencillas cuentas resulta claro que el obsequio oficial norteamericano costó al erario público más que el obsequio oficial mexicano. Pero en los hechos, los tres pares de auténticas botas vaqueras que tiene Bush le sirven para cabalgar y pavonearse erguido, orgulloso entre los invitados

especiales en las tantas barbacoas que se organizan periódicamente en los magníficos *ranchs* pertenecientes a acaudalados votantes del Partido Republicano que apoyaron con fervor la candidatura de George Bush (junior) y que pululan con sus sombreros alados y sus trajes ridículos en diversos Estados. En cambio, la acuarela que hoy reposa en el Distrito Federal, en el palacio de Los Pinos, residencia presidencial de México, no alcanza el valor de dos dólares con cincuenta, y dudo que le sirva al presidente Fox para pavonearse ante nadie. El marco y el vidrio, que costaron quinientos al gobierno de los Estados Unidos, los extraje de un viejo recuerdo, de una reliquia personal, de una fotografía en la que aparecía mi tío Manolo (me llamo Manuel en su honor) recién llegado de Santiago de Cuba, junto a Marilyn Monroe, poco antes de que la CIA otorgara a la blonda un pasaporte para el Otro Lado, haciéndole engullir decenas de barbitúricos y litros de alcohol mediante el expediente nada sutil de introducir por la boca sensual, más allá de la epiglotis, hasta llegar al esófago, el tubo de metal de un enorme embudo que por aquel tiempo solían emplear los mecánicos para reponer el aceite de los voluminosos automóviles modelo 1960.

Ese día, el de la foto, miles de norteamericanos, no sólo mi tío recién llegado de la isla, obtuvieron su souvenir junto a la estrella de Hollywood. Fue un verano, durante una campaña de promoción organizada por la compañía cinematográfica, poco después de que la revista LIFE publicara un indiscreto artículo que refería, entre líneas, la peculiar amistad que aún mantenía Marilyn con los hermanos Kennedy.

Puse la foto sin marco sobre una mesa de mi estudio.

Bonita cara, la de mi tío Manolo. Se nota que ese día tocó el cielo con las manos al posar junto a la rubia.

* * *

Sé mucho de la vida de Louis Groussac (1889–¿1920 o 1945?), de sus presuntos amores, jamás confirmados, con Josephine Baker, de su amistad con Picasso, de su rivalidad, sus peleas habituales a golpes de puño, feroces e interminables, con el mismo Picasso. Existe una foto en que se ve claramente que ambos resultaron seriamente lastimados luego de una de esas tenidas en que valía todo, incluso mordidas atroces en las orejas y arteros puntapiés en los testículos; la foto fue tomada en París, los dos habían estado bebiendo grandes cantidades de licor durante tres días y tres noches de fiesta ininterrumpida en compañía de una desconocida llamada Gertrude y de dos parisinos cuyos nombres la historia no refiere. Ni Gertrude ni los gandules compañeros de juerga, según relata en un interesante artículo Paul Eluard, intentaron en momento alguno separar a dos de los más grandes artistas del siglo XX que estaban a punto de matarse. Conozco al detalle las anécdotas del período creativo de Louis Groussac, su aborrecimiento por la persona y la obra de

Salvador Dalí, la enemistad y el odio que llegó a sentir por André Breton, sus flirteos interesados, aviesos y su ruptura abrupta, definitiva y en extremo precoz, con sus ex-amigos comunistas. Sus frecuentes y misteriosos viajes a Alemania.

Conozco muchos avatares de su vida. Sus constantes variaciones de estilo y técnica, propios de su personalidad paranoide (lo que a la vez dificulta y facilita mi trabajo), la forma en que trataba a sus numerosos amigos y a sus escasas mujeres, no muy diferente de la de Picasso.

Sobre el episodio que Groussac vivió con Hitler cuando éste aun era un desconocido cabo, un herido de la Primera Guerra, conozco tres versiones.

La primera afirma que Groussac, durante su breve estadía primero en Austria y luego en Alemania, fue maestro y mentor de quien después sería el Fürher.

La segunda afirma algo parecido, pero añade que cuando Hitler descubrió el posible origen judío de Groussac montó en cólera y, junto a un grupo de partidarios, urdió un atentado contra su vida. En un bar vienés, una mujer allegada a Hitler envenenó con oxalato de calcio la jarra de cerveza de la que estaba libando el artista.

Groussac entró en convulsiones y fue conducido por el mismo grupo a un hospital cercano. Allí lo habrían abandonado, seguros de que el atentado había tenido éxito y sólo era cuestión de esperar algunas horas para que Louis Groussac dejara este mundo.

Lo cierto es que el pintor no murió. Por el contrario, se recuperó casi enseguida. Su vigoroso organismo, acostumbrado a grandes dosis de todo tipo de destilados de alta gradación, habituado al contacto cotidiano con metales pesados y pigmentos venenosos provenientes de las pinturas que con frecuencia tomaba directamente con sus dedos para embadurnar la piel del lienzo, estaba inmunizado. Resistía casi cualquier veneno sobre la Tierra. El oxalato ingerido apenas le provocó una pasajera molestia estomacal.

La tercera versión es la más sorprendente, sobre todo porque no deja de ser verosímil: Louis Groussac era Hitler. Vale decir: Groussac habría sido un seudónimo del futuro dictador y victimario de media Europa. El *nom de guerre* que el próximo líder de la Alemania nazi habría empleado cuando todavía no resignaba sus veleidades artísticas y el espíritu de la época imponía, para triunfar en los salones más afamados, un apelativo francés. Groussac pronto se frustraría, luego de sus frecuentes peleas con su amigo Pablo Picasso.

Groussac, Hitler, pronto comprendería que el puesto número uno en el arte mundial moderno ya estaba ocupado y quien se sentaba en ese estrambótico trono era precisamente su amigo y compañero de juergas, un español de salud de hierro, terco como una mula, gran bebedor y mujeriego, nacido con el nombre de Pablo Ruíz.

De este modo, el dinero, pero sobre todo la fama que logró Picasso habrían provocado, indirectamente, la cólera y el odio irreversibles de Hitler-Groussac. La frustración artística de un pintor que hablaba francés con sospechoso acento alemán habría acabado por torcer, finalmente, el destino de Europa.

La paradoja mayor es el cuadro Guernica, pintado por Picasso por encargo del gobierno español durante la Guerra Civil que asoló ese país y fue macabro simulacro de la Segunda Guerra Mundial. Guernica sería la reproducción modificada de unos bocetos que en 1920 Groussac, en medio de una colosal borrachera, obsequió con alegría a su amigo del alma, el pintor español.

No se puede descartar la posibilidad de que Groussac no muriera en 1920, como afirman sus biógrafos.

No es del todo imposible que repentinamente haya decidido dejar de hablar un pésimo francés y volviera con renovados bríos a su elemental y nativo alemán, lengua en la que se manejaba muy bien a la hora de vociferar sus bizarras teorías.

Groussac murió en el bunker, junto a su amante Eva Braun. Por orden del propio Groussac, es decir, de Hitler, ambos cuerpos fueron incinerados.

Las tropas soviéticas sólo encontraron un simulacro: el cadáver de un oficial de rango menor, con un tiro en la sien, parecido remotamente a Hitler. Este cuerpo, por orden de Stalin, fue conducido con el máximo secreto, como si se tratara de la reliquia o del despojo carnal, momificado, de un santo, hasta los sótanos del Kremlin donde se estudió y conservó durante décadas, mientras la fama del difunto Groussac crecía entre los galeristas y marchands más renombrados y sus obras se cotizaban cada vez más en el intrincado mundo del arte, aunque nunca llegarían a alcanzar el predicamento y los precios de las telas pintadas por quien fuera su amigo de juventud, Pablo Picasso.

* * *

Huelga aclarar que, después de que descubrí el faltante de miles de dólares en mi cuenta bancaria no he vuelto a ver a Sharon, la pelirroja.

Ni en fotos.

RAFAEL COURTOISIE. (Uruguay, 1958). Poeta, narrador y ensayista. Miembro de número de la Academia Nacional de Letras. Su antología *Tiranos temblad* obtuvo el Premio Extraordinario de Poesía José Lezama Lima (Cuba, 2013). *Santa Poesía* acaba de obtener el Premio Bartolomé Hidalgo (Uruguay, 2013). Su libro *Santo remedio* (Madrid, Lengua de Trapo, 2006) fue finalista del Premio Fundación Lara. *Goma de mascar* (2008) y *El ombligo del cielo* (2012) son sus más recientes novelas. Su obra ha sido traducida al inglés, francés, italiano, portugués, rumano, uzbeko, bosnio y turco, entre otros idiomas.